

SE LEVANTA EL TELÓN DE ACERO... Y SE VE A UN NIÑO MADRILEÑO JUGANDO AL TETRIS

«Sepan, pues, que nada hay más alto ni más fuerte ni más sano ni más útil en nuestra vida que un buen recuerdo, sobre todo si lo tenemos de la infancia, del hogar paterno. [...] El que ha acumulado recuerdos de esta naturaleza, es hombre salvado para toda la vida»

Fiódor Dostoyevski (*Los Hermanos Karamázov*)

La primera palabra rusa que gravitó en mi cabeza no fue cosmonauta, si bien, el mismo día que vine al mundo, este vocablo fue uno de los más repetidos en los noticieros de todo el planeta. Aquel 16 de octubre de 1976, casi exactamente a la misma hora en que mi madre me daba a luz en una clínica de Madrid, los dos tripulantes soviéticos de la fallida misión espacial Soyuz 23 volvían a nacer en medio de un dramático rescate con helicópteros en el lago salino Tengiz, en Kazajistán, en cuyas aguas semicongeladas había impactado su cápsula de aterrizaje en medio de una terrorífica ventisca de nieve, mientras mi madre me arropaba ya contra su pecho caliente. Quizá la televisión del hospital informaba del milagroso rescate de los cosmonautas Viacheslav Zú-dov y Valeri Rozhdestvensky, quizá algún periodista de TVE con patillas avanzaba, a pocos metros de nuestra cama, los detalles de aquella misión abortada por un fallo del sistema de atraque en la estación orbital Salyut 5, lo que obligó a aquellos dos cosmonautas a volver precipitadamente a la Tierra arrebujados en su útero de metal (aquella fue la primera reentrada pasada por agua en la historia del programa espacial soviético). Quizá en ese momento levitó hasta mis orejas en medio de los arrumacos familiares la palabra cosmonauta, pero yo ya flotaba en mi nuevo universo materno, más ocupado en explorar otras vías lácteas. ¿Estaba mi destino ruso escrito en las estrellas? ¿Acaso

en esa esfera de metal de fabricación soviética caída del espacio que quebró la superficie helada del lago Tengiz mientras mi madre rompía aguas? Una cápsula Soyuz en descenso balístico no es exactamente una estrella de Navidad, aunque el apellido ruso Rozhdestvensky, uno de aquellos renacidos, significa precisamente navideño.

Pero si cosmonauta no fue la primera palabra rusa que asocié al país que acabaría convirtiéndose en mi destino (tanto en su sentido geográfico como místico), tampoco lo fueron otras tan asimiladas por el castellano como vodka o gorro de astracán, vocablos ambos que tardarían muchos años en subírseme literalmente a la cabeza, ya con los pies en el hielo de Moscú. Palabras tan rusas como Kaláshnikov, *cosaco* o perestroika restallaban en las esquinas de mi infancia como tristes y solitarios petardos de Navidad, pero ninguna fue capaz de prender la mecha del cóctel molotov, ese que habría de desencadenar la ignición de mi inexplicable y encendida pasión por Rusia. Mi primera noción de lo ruso ni siquiera remite a la evidente ensaladilla rusa, cuyo recuerdo me retrotrae inexorablemente a mi madre Rosa antes que a la madre Rusia. Cuentan que Franco se empeñó en sus primeros años de dictadura en rebautizarla con el insípido nombre de ensaladilla nacional, atravesados como tenía en el estómago a los rusos, diablos rojos en el imaginario del régimen. Aunque la historiografía no explica el origen ni las circunstancias que rodearon a esta jugosa ocurrencia de Estado, me imagino al caudillo almorzando en El Pardo, tenedor en ristre, con su efigie petrificada ante un montículo de ensaladilla rubricado por dos tiras entrelazadas de pimiento rojo dispuestas caprichosamente con la forma de la hoz y del martillo. Lo que no sospechaba el caudillo es que nuestra ensaladilla rusa no existía en el país de los soviets y que apenas estaba emparentada de lejos (tres mil quinientos kilómetros de Madrid a Moscú saliendo por la M-30) con la *olivié*, la precursora moscovita de nuestro plato, compuesta de carne o jamón cocido (nada de atún), patata, huevos duros y muchos guisantes, todo ello amalgamado con mayonesa. La versión original, que en 1860 preparó en secreto el cocinero franco-belga Lucien Olivier en el restaurante moscovita Hermitage —cuyo edificio histórico en el número 14 de la plaza Trúbnaia acoge hoy un teatro—, contaba con ingredientes tan aristocráticos como faisán, oso o ciervo, que acabarían siendo deportados en

masa de la masa original cuando las bayonetas de Lenin se metieron hasta la cocina de la Rusia blanca.

La extraña fascinación que siempre me ha suscitado la mezcla de lo español y de lo ruso, de esas dos realidades tan alejadas entre sí por la geografía y por el franquismo (época en la que sus contactos resultaban tan esporádicos y exóticos como los de dos porteros rivales enzarzados en un córner postrero y desesperado), es la misma que me lleva ocasionalmente a sorprender en Moscú a mis amigos locales con un gran perol de ensaladilla rusa que preparo la noche anterior. También me mueve a hacerlo un impulso inocente y experimental como el que de pequeño me llevó a ofrecerle a un amigo canicas de plástico de color amarillo asegurándole que eran caramelos «con chicle dentro» (lo recuerdo chupeteándolas con delectación antes de darse cuenta del engaño). Cuando mis invitados moscovitas ven aterrizar sobre la mesa la densa nebulosa de patata y mayonesa punteada por pepinillos, atún, guisantes y aceitunas, todos callan y su mirada encalla en la mezcla, un poco como le debió de ocurrir al primer observador neutral que se enfrentó en 1910 cara a cara con la Primera Acuarela Abstracta de Kandinski (a mi me recuerda más a su Composición número 7, aunque para ello deba abstraer la mirada y apartar las manchas azules del lienzo, un poco como hacía yo de pequeño con los guisantes). Por un momento dudo si mis invitados no harán como el mandatario soviético Nikita Jrushchov, que en 1962 repudió públicamente una exposición de arte abstracto en la sala de exposiciones Manezh de Moscú acusando a los autores de hacer «mierda» («¿Se puede saber qué le pasa a esa cara? ¿Acaso no sabe pintar? ¡Mi nieto lo haría mejor!» [...] «El pueblo soviético no necesita esto», les gritó el mandamás, no sin antes llamarlos «pederastas»). Pero al final se comen la ensaladilla. Vaya que si se la comen.

Orgullosa y competitiva, el ruso siempre tiende a sacar pecho ante Occidente a cuenta de sus hitos, de sus misiles o de sus gestas deportivas. Si bien es cierto que tienen motivos más que sobrados para hacerlo, me llama más la atención que saquen también pecho a la altura del estómago, es decir, cuando se trata de plantar cara a una superpotencia culinaria como España. Pero lo hacen. Cuando les preparo una paella, el comentario inmediato de muchos de ellos es que «se pa-

rece al *plov*» (un plato uzbeko a base de arroz amarillo con cordero), y cuando les preparo empanadillas de bonito (me traigo a Moscú la maleta llena de obleas para freír) dicen que son *chebureki* (una empanada frita de origen tártaro rellena de carne). Sin embargo, la ensaladilla rusa los desarma por completo.

Acostumbrados al cubismo de su *olivié* (taquitos de patata y jamón apilados bajo un alud puntillista de los guisantes), los rusos se muestran cautos y algo desconcertados ante mi abstracción salpicada de formas coloreadas. Antes de estoquear la masa con sus tenedores (tridentes, según la terminología franquista), sus ojos se clavan en las aceitunas, desconcertantes boyas verdes que les devuelven su vacía mirada ciclópica. Como si buscaran entre los pepinillos la nariz desprendida del asesor colegiado Kovaliov, protagonista desnarigado del cuento de Gólgol *La Nariz*, mis amigos dudan e indagan entre la masa heterogénea, como intentando reconocer a un hijo desfigurado en los frentes, como entreviendo quizá una metáfora de Rusia y de su historia, salteada de contrastes sobre una base movediza (la *olivié* original llevaba gelatina). Es en ese momento de duda cuando me acuerdo de mi primer amigo de la facultad, Pablo Oliveira, que tenía la costumbre de arar pacientemente con su tenedor la superficie de su ración de ensaladilla rusa salpicada de virtus trapezoidales de zanahoria (era un estilo más Malévich) en la cafetería de la facultad de Periodismo de la Complutense, la misma donde digerí como pude aquel primer año de universidad una traducción criminal de *Crimen y Castigo*.

En definitiva, como la *ensaladilla rusa* no es rusa y yo de pequeño no tenía muy claro qué era aquello de Rusia ni dónde empezaban los Urales —esos Urales que se convertían por arte de magia en el Montcayo cuando Omar Shariff los señala con el dedo en *Doctor Zhivago*— la eterna tapa de nuestros bares no pudo ser la primera noción de algo tan exótico y remoto como lo ruso.

Filete ruso y montaña rusa tampoco fueron términos que me tocaran la fibra sensible de pequeño (aunque combinados entre sí revuelvan las tripas a cualquiera). Además de ser conceptos inexistentes en Rusia, donde una montaña rusa siempre será una montaña americana (la Guerra Fría era bien retorcida), aquel curioso adjetivo —ruso— era una pieza de Tetris imposible de encajar en el fondo de mi cabeza de

niño, sencillamente porque me faltaban referentes y la URSS resonaba en los telediarios del felipismo como un rugido de oso más que como la superpotencia enemiga del capitalismo. Debía de tener unos siete años, cuando la primera palabra rusa que me marcó de verdad se encestó hasta el fondo de mi sesera: Biriukov. Chechu Biriukov, el alero hispano-ruso del Real Madrid, con el que ganó una docena de títulos entre 1983 y 1994 mientras la Quinta del Buitre hacía lo propio a ras de césped (los bollos y los Buyos eran el pan nuestro de cada día en los recreos de mi infancia). Desde que su primer triple se coló en mis pupilas sin tocar aro, ya no dejé de marcarlo con la mirada en los partidos que retransmitían por televisión, cuando los baloncestistas aún se atrevían a mirar por encima del hombro a los futbolistas. Solía verlos con mi abuela Fidela, envuelta por el halo incesante de sus canturreos alegres. Su peinado cano, etéreo y algodónado quedó para siempre asociado a aquellas victorias blancas que veíamos en nuestra primera tele en color, retransmisiones que placaba tras sus enormes gafas cuadradas, moviendo bruscamente la cabeza hacia un lado cuando un jugador se salía del encuadre, como si esperara verlo corretear por el mueble del salón. Mi abuela, que nunca tuvo paciencia para ver una película (solo conseguí que viera una vez *Los Pájaros* de Hitchcock) seguía con entusiasmo aquellos partidos del Real Madrid gobernados por Fernando Martín, Romay, Corbalán, Iturriaga y Biriukov. Me consta que mi abuela sentía cierta nostalgia por el franquismo y, ciertamente, no sé cómo hizo para encajar la pieza rusa de Biriukov en su retablo simbólico de lo triunfal, donde lo soviético estaba demonizado.

Hasta que no empecé a tener nociones de la historia del siglo XX (centuria que no se entiende en lo político sin Rusia y en lo deportivo sin el Real Madrid), lo ruso se circunscribía para mí a un solo nombre: Biriukov. Aquel baloncestista moreno de pobladas cejas caucásicas, gruesas como mostachos de Groucho Marx, y dentadura de roedor, que saltaba sobre sus poderosos muslos de centauro para encestar unos triples tan raros como su acento. Chechu (nombre que a mí me sonaba de niño tan ruso como su apellido) propinaba un gran salto en la línea de tres y, justo antes de emprender su descenso a tierra, ejecutaba un lanzamiento raso, sin apenas darle curva a la pelota, que avanzaba hacia su objetivo describiendo una trayectoria plana, casi en línea con

el aro, en el que se sumía como magnetizada, un poco como ese toro de Hemingway que en uno de sus cuentos se revuelve tras rozar a un torero «como un gato doblando una esquina», o como esas bombas redondas que Luke Skywalker lanza desde su caza X T-65 alojándolas *in extremis* por el estrecho conducto de escape térmico que conduce directamente al corazón de la Estrella de la Muerte, el planeta artificial del lado oscuro, en el *sprint* final de *La Guerra de las Galaxias*.

En los polvorientos recreos de mi infancia, en el patio del extinto Liceo Goya del barrio madrileño de San José de Valderas, Biriukov se convirtió en una palabra de uso cotidiano que se mezclaba en nuestras gargantas con la tierna masa achocolatada de los phoskitos, los donuts o los legendarios bollos de Tarzán, que llevaban un animal de plástico monocolor insertado en el chocolate. El hipopótamo era la más grande y preciada de todas aquellas figuritas, mientras que la aparición de las minúsculas tortuguitas nos dejaba como aletargados.

Entonces yo no sabía que Chechu Biriukov era hijo de madre española, una niña de la guerra que había sido evacuada del País Vasco a la Unión Soviética junto a otros tres mil menores para escapar de los bombardeos de Franco, y que se casó con un taxista de Moscú. Yo solo sabía que Biriukov era ruso, que era del Madrid y que era bueno. O sea, que los rusos debían ser buena gente si nos ayudaban a ganar. Biriukov era la leche y la publicidad de Parmalat que lucía en el pecho no hacía otra cosa sino confirmarlo.

Aquella fue la primera noción que tuve de lo ruso. Aquel baloncestista de 1,94 me marcó. Me marcaron sus triples, con ese peculiar y complicado estilo que intentábamos emular en las pachangas de la pista del colegio Bellas Vistas (donde cursé 8º de EGB tras el cierre del Liceo Goya). El efecto plano de sus triples que intentábamos copiar a toda costa («¡Biriukov!», gritábamos en el momento de lanzar para que no quedara duda) se vio favorecido por el hecho de que la canasta no tenía aro y nos veíamos obligados a colar la pelota por un agujero que había en el tablero de madera. No éramos pobres. Solo que no había aro.

¿Sembró Biriukov con sus triples la semilla de mi rusofilia, una semilla del tamaño de un balón de baloncesto? No lo sé. Han pasado trece años desde que me instalé en Rusia (un salto vital proporcionalmente equivalente a un triple en el mapa de Europa) y cuando alguien me

pregunta si pienso volver, ciertamente no sé qué responder. De hecho, no entiendo la pregunta (me siento como Luke Skywalker ante Jabba sin un androide de protocolo como C3-PO que le traduzca al oído), pues nunca se me ha ocurrido pensar que estoy de paso por Moscú y que volveré a España cuando cumpla una determinada misión (la abuela de mi ex novia Yulia creía que yo era un espía: al parecer no le entraba en la cabeza que un occidental pudiera vivir tanto tiempo en Rusia por afición). Así que, como no sé qué decir, siempre respondo lo mismo: que volveré a España cuando descubra por qué vine a Rusia. Quizá me ayude a lograrlo este libro.

El polaco Ryszard Kapuscinski, maestro de reporteros, nunca olvidó su primer encuentro (encontronazo) con lo ruso, que describe en su obra magna *El imperio*, crónica de su odisea por las quince repúblicas que componían la Unión Soviética poco antes de su descomposición, en 1991, un auténtico misal para los corresponsales a este lado de Europa que yo me llevé en la mochila (junto con la receta de la ensaladilla rusa de mi madre como marcapáginas) el día que aterricé en Moscú como corresponsal del diario *El Mundo*, el 1 de julio del año 2000.

El choque de Kapuscinski con Rusia estalló junto al puente de su ciudad natal de Pinsk en septiembre de 1939. Kapuscinski tenía entonces siete años y la guerra lo había sorprendido a mitad de pista, como a la misma Polonia, emparedada entre dos totalitarismos voraces. El futuro reportero se encontraba veraneando con su madre en el pueblo de su tío, y emprendieron a pie el camino de vuelta a casa en medio del flujo desordenado de refugiados, de los gritos, de las bombas y de los caballos muertos. En medio del *Guernica*. De repente alcanzaron a ver los campanarios de Pinsk, su ciudad natal, cuando Rusia se interpuso en su camino.

«Empuñan largos fusiles con afiladas y punzantes bayonetas, y lucen estrellas rojas en sus gorras redondas. Han llegado hace varios días desde el lejano Mar Negro, han hundido nuestras fragatas, han matado a nuestros marinos y ahora nos impiden la entrada en la ciudad. Nos mantienen a distancia, ¡ni un paso más!, gritan mientras nos apuntan con sus fusiles», recuerda Kapuscinski.

La distancia que hay entre un triple de Biriukov y el tapón de los marinos de Pinsk es la misma que separa la épica del drama. La luz

de la sombra. Tolstói de Dostoyevski. La gesta de Gagarin de la tragedia de Chernóbil. Los periodistas occidentales siempre han mirado a Rusia instalados en el lado oscuro. Yo no. Yo siempre la he visto bajo otra luz, fuera de la zona oscura. Más allá de la línea de tres puntos. Intentando lo imposible. Saltando más que los demás.

Cuando veía colar triples a Biriukov, yo aún no sabía que fueron los rusos quienes encestaron la bola bruñida del *Spútnik*, el primer satélite artificial, en el *pin ball* de las estrellas, pero si me lo hubieran dicho mientras veía con mi abuela aquellos partidos del Real Madrid, habría asentido con la cabeza (la boca llena de pan Bimbo con nocilla), pues me habría parecido un enceste lógico, viendo la facilidad con la que aquellos lanzamientos de largo alcance propulsados por Biriukov se colaban en la canasta rival.

Si la sensación de amenaza quedó para siempre asociada a Rusia en la mente de Kapuscinski («los gritos, el llanto, los fusiles y las bayonetas, los rostros furiosos y bañados en sudor de unos marineros llenos de una ira, de una rabia y de un terror desconocidos e incomprensibles»), sensación confirmada días después por las deportaciones, los registros a punta de fusil o el cañoneo de la iglesia de Pinsk a manos de un bolchevique borracho; Rusia irrumpió en mi mente infantil al rebufo de la imagen agigantada, casi mitológica, de Biriukov, del ruso más blanco, de aquel bogatir, el héroe agigantado de los cuentos populares rusos, de aquel aliado de rostro afectuoso que sudaba la camiseta blanca de mi equipo para ayudarnos a vencer el placaje rival con sus triples demoledores. Todo ello envuelto por el calor de la estufa paterna, de mi bata marrón con cinto y de las sonrisas totales que mi abuela componía después de cada cañonazo de tres puntos sin dejar nunca de desgranar sus alegres cantinelas de posguerra.

Biriukov no parece ruso, pero a mis siete años yo no tenía otro referente. Chechu era ruso. Era *el ruso*. En 1992, apenas un año después de la descomposición de la URSS, el Real Madrid fichó al gigantesco Arvidas Sabonis, *el zar lituano*, pero para entonces el cine de la Guerra Fría ya había hecho mella en mi imaginario con golpes tan bajos como el de Iván Drago, el rubio musculoso (*¿mosculoso?*) derrotado por Rocky IV (*¿Moscú-lose?*); pero sobre todo con la granítica irrupción en el cine de mi barrio, inapelable como la caída acelerada de un cuadrado rojo en

la última pantalla del Tetris, de Iván Danko, el policía soviético interpretado por Arnold Schwarzenegger en 1988, con chamberga militar larga como la expresión de su cara, y cara cuadrada a juego con su gorro, que encajaba como un guante en su tupé. La llegada a Madrid de Sabonis, con sus 2,21 metros y su pelo rubio cortado a cepillo, se incorporó con naturalidad a nuestra galería de tipos y estereotipos rusos, que a finales de los 80 ya no podían ser otra cosa que colosos gélidos y robotizados. ¿Los Urales? No, un pívot ruso.

Pero Biriukov no encajaba en ese arquetipo, apenas subrayado por sus cejas pobladas y circunflejas, nubarrones que acentuaban una mirada perversa que se daba de narices con su sonrisa pletórica.

Sin saberlo, Biriukov dio cancha a mi rusofilia cuando apenas empezaba a manifestarse sin un plan (sin un Gosplan). La estela de aquellos triples imposibles enhebraron mi mirada con un respunte de puro preciosismo. Lo ruso entendido como estética. Como algo bello, exótico y difícil. Rusia se me metió antes en el ojo que en la razón. En la España de los años 80, los niños nos alimentábamos de series, películas y dibujos animados norteamericanos. Sin embargo, y pese al monopolio cultural que ejercía Estados Unidos sobre nuestras retinas, Biriukov coló aquella semilla de rusofilia al otro lado de la valla de mi recreo.

El triple es, al fin y al cabo, el lance más estético y desconcertante del baloncesto, el más malabar de todos. Y aunque yo desconocía aún la fama del circo de Moscú y de sus ballets, empecé a suponer que los rusos debían ser buenos en el más difícil todavía. Yo entonces no lo sabía, pero esa sensación de poder (casi de prepotencia) que envuelve al pertinaz anotador de triples es un poco la que siempre rodeó a Rusia, la nación más escorada en el tablero europeo pero que más ha influido en la historia contemporánea de Occidente, anotándose un suma y sigue de hitos desde el perímetro exterior del continente: desde las enormes novelas de Tolstói y Dostoyevski que marcaron el rumbo de la literatura universal, hasta la experiencia del comunismo (que mostró a Occidente que aquel no era el camino), pasando por el método Stanislavski, el fusil Kaláshnikov, Lev Yashin (único portero hasta la fecha con un balón de oro), el *Spútnik*, la tabla periódica de los elementos, *Lolita*, la radio (inventada por Alexándor Popov en 1895, y no por Marconi, según dicen por aquí), el Tetris, los tanques T-34, el vodka,

Natalie Wood (de verdadero nombre Natalia Zajarenko), la ruleta rusa, la novia de Cristiano Ronaldo, el constructivismo o la organización del mundial de fútbol de 2018. Todos eso son triples. Triples como los que marcaba Biriukov en mi televisor (invento en el que influyó por un tubo el ingeniero pionero Vladímir Zworykin que emigró a EE.UU. tras la revolución). El baloncesto es una de las pocas cosas que ni de rebote parecen haber inventado los rusos, aunque su legendario afán competitivo llevó hasta lo más alto a la selección soviética de la mano de torres del Kremlin como Tkachenko (2,20 metros y 140 kilos). Biriukov, que se formó en las categorías inferiores del Dínamo de Moscú y jugó 22 partidos amistosos con la URSS, se pasó a los 20 años al Real Madrid, donde se soltó el pelo sumando puntos de tres en tres.

En el dibujo fluctuante que recubre la superficie granulada de los balones de baloncesto, ese trazado de líneas curvas y entrecruzadas que parecen calcadas de la palma de la mano por efecto del sobe, veo ahora con claridad (imposible que lo viera en mi niñez) la letra rusa Ж, fonéticamente equivalente a la J francesa. Los surcos que se curvan sobre la goma anaranjada del balón parecen imitar el dibujo de las dos áreas de una cancha de baloncesto. Sin embargo, yo veo en ellas, ahora lo veo, la letra Ж, la más exótica y churriqueresca del alfabeto cirílico, de una simetría perfecta y algo traviesa, como el símbolo ummita que aparecía en aquella burda foto del libro de historia de Alcorcón que siempre rodó por casa de mis padres y en la que se veía un platillo volante supuestamente fotografiado en 1967 sobre los castillos del barrio de San José de Valderas, una mole con chapiteles de Disneylandia que se levanta ante la terraza donde mi padre me metía en la boca cucharadas de papilla, aprovechando lo boquiabierto que me dejaba la visión de aquel templo («esta por Drácula», «esta por el hombre lobo», «esta por Frankenstein»...). La letra Ж hipnotiza como la estructura de un cristal de nieve, y en sus aspas habría de quedarme atrapado años después, en los años universitarios, cuando empecé a estudiar ruso en la escuela oficial de idiomas de Madrid movido por un deseo tan poderoso y concreto como inefable, un poco como ese Alfanhuí, el protagonista de la novela de Rafael Sánchez Ferlosio (el primer libro que recuerdo haber leído), que cuando se veía solo «sacaba el tintero y se ponía a escribir en su extraño alfabeto, en un rasgón de

camisa blanca que había encontrado colgando de un árbol». En 1989 unos niños de Vorónezh dijeron haber visto un platillo volante que uno de ellos dibujó después con forma de huevo apoyado sobre dos patas y el símbolo de ummo en medio rodeado por un círculo (¿No sería acaso una letra rusa Ж estampada en alguna sonda espacial?). Miro este garabato infantil (está colgado en Internet) y en el ovni ovoide yo sigo viendo las líneas del balón de Biriukov, la nave que me trajo a este lejano planeta llamado Rusia.

Mi reencuentro con Biriukov ocurrió en el año 2002 o 2003. No lo recuerdo. Yo llevaba algún tiempo trabajando ya en Moscú como corresponsal del diario *El Mundo*, cuando lo vi en el aeropuerto Sheremétievo, esperando para facturar la maleta. Allí estaba. Al principio dudé, pues me parecía demasiado grande, aunque tras un severo marcaje ocular, disipé mis dudas. Era Biriukov. Llevaba un abrigo largo de cuero negro, un poco al estilo *Mátrix* o al de Félix Dzerzhinski, el fundador de la Cheka, la policía secreta soviética precursora del KGB. Recuerdo que me intimidó un poco su aspecto. Sentí el impulso pueril de acercarme para pedirle un autógrafo, pero no lo hice. El niño que todos llevamos dentro pateaba con cierta desesperación, pero me resistí. Habían pasado casi veinte años desde aquellas tardes de euforia compartida con mi abuela y, por primera vez, veía a Biriukov sin una pantalla de televisor de por medio. Lo había olvidado, pero siempre había estado ahí, más allá de la línea de la conciencia, encendiendo con sus triples la caldera de mi inexplicable amor por Rusia. Allí, en medio de la desangelada sala de facturación del aeropuerto, Biriukov ya no me parecía el bueno de la película. Más bien parecía el malo. ¿Qué haría en Moscú? ¿Vivía en España o en Rusia? No sonreía, y mi vieja mirada infantil, antaño boquiabierta como el aro de la canasta que se tragaba sus triples, había dejado paso a una mirada rebotada. Más ladina. Yo ya era un periodista occidental, un informador al que las películas norteamericanas, los medios en general y los videojuegos le habían inoculado debidamente la certeza de que los rusos son el enemigo. Incluso tras el desfundamiento de la Unión Soviética, víctima de la perestroika o reconstrucción, la ambiciosa reforma aperturista que en 1985 había puesto en marcha el último mandatario soviético Mijaíl Gorbachov. No toda la *nomenklatura* pasó por el aro, y el golpe

del ala dura del PCUS en 1991 precipitó la desintegración en quince repúblicas del primer Estado comunista de la historia.

La descomposición de mi infancia corrió pareja a la de la Unión Soviética. Ambas se veían venir a finales de los 80, con mi acné reflejado en el espejo y la mancha de Gorbachov estampada en la pantalla del televisor Thomson convertida casi en el logotipo de los telediarios. Eran las dos caras enrojecidas de un mismo colorín colorado, el de la aventura de la infancia.

Porque el primer estado comunista de la Historia siempre tuvo algo de infantil, de ingenuo y de romántico. Como le ocurre a los niños inquietos, la Unión Soviética nunca renunció a ser el centro de atención. Bien con rabietas como la del mandatario Nikita Jrushchov, que en 1960 se descalzó para aporrear con un zapato la tribuna de la ONU; esparciendo sus tanques, aviones y misiles por el cuarto de los juguetes de la Plaza Roja; o rompiéndole el escaparate científico a Occidente con la pelota del *Sputnik*, lanzado en 1957, o con la nave esférica Vostok, en cuyo interior despegó cuatro años después Yuri Gagarin, el primer hombre en el espacio, acurrucado en posición fetal.

El ideal comunista, entendido como solución salomónica y equitativa de la desigualdad social, está preñado de esa impaciencia propia del pensamiento infantil, tan aficionado a soluciones mágicas, impulsivas y categóricas.

«¿Qué importa —pensé— que nosotros seamos ricos y ellas pobres? ¿Es esta razón suficiente para separarnos? ¿Por qué no repartirnos en partes iguales lo que tenemos?», se pregunta el niño Lev Tolstói el día que se traslada a Moscú en calesa junto a Catalina, la hija de la institutriz de su familia aristocrática, ante la perspectiva de una pronta separación evocada por ella («¡Vosotros sois ricos; nosotras pobres!»). «Yo no conocía otros pobres que los mendigos y los jornaleros, y me era imposible asociar la idea de la pobreza con la bella y graciosa Catalina», reflexiona el novelista total en las tiernas memorias de su infancia, adolescencia y juventud escritas entre 1851 y 1857. Gigante de las letras, Tolstói fue un místico con los pies hundidos en la tierra y un hombre de acción con la cabeza permanentemente en las nubes. Soldado, mujeriego y cazador de osos en su juventud, Tolstói se dejó